

¿CÓMO EDUCAR DE MODO PERSONALIZADO PARA AYUDAR A LOS EDUCANDOS A PERFECCIONAR SU NATURALEZA?

JOSU AHEDO

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

MARÍA JOSÉ GARCÍA-BARRERA

Universidad Internacional de la Rioja (UNIR)

DOI: 10.14679/3125

Sumario. 1. Introducción: ¿Es necesario un giro en el modelo educativo? 2. La vida añadida, la perfección de la naturaleza recibida. 3. Aprender a coexistir y no quedarse en el convivir. 4. El cuerpo y la inteligencia en relación con el crecimiento personal. 5. La dualidad humana conformada por el deseo y la razón. 6. Lo cultural y lo natural en el ser humano 7. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN: ¿ES NECESARIO UN GIRO EN EL MODELO EDUCATIVO?

En la actualidad, la enseñanza ha dado un giro hacia el desarrollo de las competencias, puesto que no se trata de *saber contenidos*, ya que se duda de la utilidad de ese aprendizaje al estar todos alojados en Internet y resultar ser de fácil acceso. Ahora lo distintivo entre las personas, lo más valorado, son las capacidades y habilidades que cada uno tiene y en qué medida puede mostrar un uso competencial de ellas. Sin embargo, un análisis de cuáles son las competencias más valoradas en el mercado laboral manifiesta que no se aprecia suficientemente la competencia personal, quizá porque no se sepa bien en qué consiste. En este sentido, Jacques Delors (1996) ya señaló algo en su informe a la UNESCO que incluye como uno de los cuatro pilares de la educación el *aprender a ser*, centrado en fomentar especialmente la imaginación y la creatividad como una de las bases del desarrollo del ser humano. En este sentido, los planes de estudio de magisterio se centran en transmitir un saber competencial, pero escasean las asignaturas sobre el quién es el ser humano, una profunda antropología como un intento para que cada estudiante descubra quién es o por qué es así, ni tan siquiera se les ayuda a que se interroguen por las principales preguntas que afectan al ser humano.

Sin duda, es imprescindible que los profesores cuando inician su docencia sean capaces de comprender la diferencia existente entre individuo y persona. *Individuo* equivale a *sujeto general*, uno entre muchos que son iguales. La diferencia entre los individuos estaría en aquello que son o en aquello que hace que sean lo que son –su actuar, su modo de pensar, sus diferentes manifestaciones– pero no en referencia a quiénes son. El individuo está en el orden de las manifestaciones y no en de lo más íntimo de cada uno, el acto de ser personal. A un matemático le resultará más fácil entenderlo porque la diferencia que hay entre un

conjunto de números unos es que cada uno es diferente al otro, pero cada uno de ellos en una operación matemática es tratado del mismo modo, ya que puestos a sumar unos nos da igual cuál de ellos escoger del conjunto de unos que se tiene. Además, el uno nunca va a dejar de serlo, siempre va a sumar lo mismo, no hay ninguna posibilidad de cambio. En el fondo, es como si un herrero está confeccionando una máquina y toma de un cajón lleno de piezas similares una cualquiera para completar esa máquina, ya que todas son iguales, aunque diferentes. Salvando lo *burdo* de esta comparación, se puede entender que la persona no es un simple número que se diferencia de otros, ya que considerarlo así significaría soslayar la capacidad que cada ser humano tiene de perfeccionar su naturaleza y de mejorar como persona.

Esta diferencia entre individuo y persona, que parece elemental, no está presente en los planes de estudio de magisterio ni tampoco es algo que se explique en el seno familiar (Altarejos y Naval, 2000). Tratar a cada educando a cada hijo como una persona y no solamente como un individuo implicaría dar un salto de calidad en la educación. En términos más antropológicos, el individuo se concibe como algo aislado, que no necesita de otro para ser individuo y que no puede crecer como tal, ya que siempre será un individuo. Esto implica la necesidad de distinguir entre educación de individuos y de personas —netamente diferentes— la primera sería la educación individualizada, la segunda, una educación personalizada.

La educación individualizada supone tratar a cada individuo como un ser distinto que se merece un trato único en función de sus capacidades o de sus circunstancias individuales. Este tipo de educación busca educar atendiendo a las diferencias, conociendo bien que cada ser humano tiene un temperamento con el que nace y unas cualidades naturales que puede mejorar. Según su particular modo de ser estará más capacitado para ejercer unas funciones (será un buen abogado, etc.). Sin embargo, la educación personalizada, a diferencia de este modo funcional de entender al ser humano, no trata a los estudiantes como sujetos que tienen funciones, como robots que actúan, sin contar con aquel quién que cada uno es, ni, por tanto, centra la educación en capacitarles para ejercitar unas funciones.

Individualizar en la educación implica jerarquizar el resultado antes de la persona, por eso, se manda con órdenes directas porque lo importante es conseguir el objetivo inicialmente planteado. Sin embargo, *personalizar* al educar implica valorar lo personal. En qué se traduce la diferencia apuntada entre individualizar y personalizar. En el primer caso se jerarquiza el logro de los objetivos, imponiéndose, por lo general, desde fuera por una decisión del educador, sin contar demasiado con el propio interesado, sin aceptar que solo él puede cambiarse a sí mismo. A veces nos gustaría moldear el carácter de una persona y cambiarlo para transformarle porque vemos con claridad qué tiene que mejorar, incluso visualizamos cómo tiene que cambiarlo, pero es él quien tiene que afrontar este cambio. Por tanto, la tarea del educador es ayudar a que ese cambio se produzca, animar, explicar y, sobre todo, perseverar en la ayuda.

Esta diferencia implica que al educar se vean personas y no solamente individuos, lo que significa un modo diferente de mirar al educando y, sobre todo, de contar con él en la tarea educativa. Es preciso recordar que educar y personalizar es destacar lo positivo del esfuerzo de nuestros hijos, buscando maneras de transmitir emociones positivas, de ser optimistas de motivar en sentido positivo. En este punto es necesario advertir que los padres quieren constantemente alabar el comportamiento de sus hijos. Sin embargo, esto puede tener consecuencias no deseadas. Por ejemplo, si alabamos el resultado de una acción bien hecha, nuestros hijos entenderán que se alaba lo que se ha obtenido con la acción, pero no el esfuerzo que ha supuesto conseguirlo. ¿Qué pasaría si se ha esforzado, pero no ha

conseguido el resultado esperado? En la educación personalizada se valora el esfuerzo, el proceso realizado para lograr un objetivo y no exclusivamente el resultado. Esto es relevante porque al valorar el esfuerzo se educa en la adquisición de hábitos.

El lenguaje, el modo de acercarse a cada uno es fundamental para educar con éxito. Las palabras de cariño, de aliento, ese *hola*, esa sonrisa, esa mirada. Es evidente que no se pueden usar las mismas palabras para motivar a un chico que se caracteriza porque su temperamento es primario que a un chico que es más reflexivo, más secundario, con una resonancia alta en su modo de pensar, preocupado por si va a acertar con la decisión. Por eso, tiene sentido cuidar el lenguaje para personalizar y no quedarse en individualizar. Pensar antes de mandar algo, cómo va a aceptar esta orden mi hijo, cómo la va a entender, en qué le beneficia.

Es necesario que la educación centre su interés en el conocimiento profundo del ser humano, que no debe quedarse en el análisis de las manifestaciones de su actuar, aquello que se ve, porque el resultado de este análisis perdería lo más íntimo del ser humano su acto de ser personal, que es más que su mera personalidad. Esta es una neta diferencia entre educar personas, frente a la adaptación educativa de unos individuos diferentes que ocupan una silla en unas aulas y a los que se les instruye para capacitarles a realizar unas funciones que son las que demanda la sociedad a la que se van a incorporar.

2. LA VIDA AÑADIDA, LA PERFECCIÓN DE LA NATURALEZA RECIBIDA

En la educación a veces el educador se centra en el desarrollo de alguna dimensión humana de los educandos en función de las necesidades circunstanciales. En este punto existe una aporía, a nivel antropológico, cómo afecta cada operación de las facultades al ser humano. Los órganos del cuerpo no son elementos aislados que realizan funciones, sino que forman parte de un todo que es el cuerpo que, a su vez, no es algo aislado, sino integrado en el ser personal.

La persona no es algo aislado, por eso, educar es integrar es dar unidad y sentido a cualquier actuación del ser humano. Educar es integrar porque la persona es un todo. Lo que hace, lo que dice, lo que piensa, lo que siente, lo que sufre es algo que afecta al ser total de la persona. En el ser personal se integran las emociones, los pensamientos de la inteligencia y los actos humanos imperados por la voluntad. Por eso, enseñar a integrar implica educar pensando en que los hechos no son aislados, que detrás de cada decisión tomada hay un tiempo de reflexión, un motivo por el cuál actuar, un objetivo que se persigue y una emoción que impulsa o frena la decisión tomada. Por tanto, conviene educar siempre de modo que se integre cada acto en el ser personal, tratando de actuar respondiendo a la pregunta ¿esto me va a ayudar a ser mejor persona? Este modo de educar es personalizar, dar sentido a cada acción, integrar cada acción en el fin último del ser humano, que es la felicidad.

La dualidad básica a nivel antropológico básica para comprender que la educación es integrar es la formada por la naturaleza *recibida* y la *añadida* (Polo, 2006). Todo ser humano nace con una naturaleza humana, aunque diferente porque cada uno *la tiene* de un modo desigual, ya que todo ser humano nace con características diferentes (Polo, 1987). ¿Son conscientes los educadores de que tienen una naturaleza recibida, de que cada quién es cómo es? Lo primero es aceptar que somos como somos, aceptar el particular modo de ser. Esa aceptación es un acto de la persona, lo que ayuda a diferenciar el *quién* que acepta del *qué*, aquello que somos, que es lo que se acepta. Esto subraya también la diferencia entre individuo —el conjunto de aquello que somos— del quién que es la persona. La persona y el individuo son

dos entidades ontológicas relacionadas, pero diferentes. En estas dualidades hay un miembro superior y uno inferior, que depende del otro. En este caso el individuo es inferior y depende de la persona, quien tiene la responsabilidad de asumir aquello que es, o sea, la naturaleza recibida, pero también debe aceptar la añadida, es decir, el perfeccionamiento de la naturaleza recibida, el crecimiento personal adquirido a través de los hábitos. El quién es superior al que porque es necesario que haya una instancia que conozca ese crecimiento, que lo acepte y, sobre todo, que le dé un sentido, estableciendo una finalidad de este. De qué sirve alcanzar todos los objetivos individuales que cada uno se puede proponer si se desconoce para qué quiere alcanzarlos o de qué modo le ayudan a mejorar como persona.

La vida *añadida* es lo que cada quién personal añade a la naturaleza recibida, es decir, en qué medida la modifica mejorándola o la empeora al no actuar responsablemente. La pregunta que todo educador debería formularse, ayudando a que los educandos también se la pregunten es qué finalidad tiene perfeccionar la naturaleza recibida. La respuesta sería que desarrollar la naturaleza *recibida* con el *añadido* adquirido mediante el aprendizaje implica capacitarse para ejercer las funciones y los objetivos programados. Es en este momento en el que surge la pregunta de para qué esa mejora a nivel de capacidades, si se usan de modo individualizado y, probablemente, egoísta, si es utilizado para ayudar a otros a ser mejores personas y si va acompañado de una mejora social. Esta responsabilidad es de cada uno, pero dado que el ser humano nace indigente, es decir, necesitado de ayuda, el educador, sea en el hogar o en la escuela, no es un simple transmisor de contenidos, sino un educador que integra porque se preocupa de la persona en su totalidad, buscando que cada quién sea el verdadero protagonista de su educación. Esto conlleva que la educación no sea unidireccional, transmitiendo órdenes, sino que ha de ser reflexiva, enseñar a que cada uno aprenda por qué tiene que actuar de una determinada manera. Esta intención de integrar en la tarea educativa hay que ejercerla desde el inicio para que cuando llegue la adolescencia no se produzca una fractura entre lo que se ha vivido hasta ese momento y la reflexión iniciada sobre el propio actuar en esta etapa. La adolescencia es el momento en el que se hace consciente el modo de actuar al descubrir por qué hay que actuar de un determinado modo, reflexionando sobre el propio actuar.

Altarejos y Naval (2000) señalan la relevancia de la dualidad de la educación formada por la enseñanza y la formación. En este sentido, educar no es garantizar el aprendizaje cognitivo de unos contenidos porque conviene preguntarse qué utilidad se da a ese conocimiento y esa es la pregunta que debe resolver la educación entendida como formación. Formar significa descubrir el verdadero sentido de toda acción educativa porque si la persona se propone mejorar lo recibido, lo que cada uno es, pero quedándose solo en la adquisición de competencias, de habilidades, sin saber para qué adquirir este aprendizaje implica olvidar que formar es más que enseñar porque es lo que da sentido a lo aprendido. La capacitación implica el aprendizaje de hábitos y esa es la tarea de la formación de la persona, por eso, cada uno, con la ayuda del educador, es quien puede perfeccionar mediante hábitos buenos la naturaleza recibida. La persona tiene capacidad de modificar la naturaleza recibida y con ello de ser mejor persona, incluso puede ayudar a otros enseñándoles cómo perfeccionar la naturaleza recibida.

El ser humano es dual (Piá, 2001), por eso el crecimiento en alguna de las entidades que conforman el ser humano afecta positivamente al ser personal en su conjunto. Las diferentes dualidades que conforman el ser humano están interrelacionadas entre sí, de modo que la mejora en una de ellas también afecta al resto. Es absolutamente importante tener presente esta circunstancia en la educación. ¿Qué sentido tiene educar los sentimientos de una persona

sin atender a la integridad de su ser? Por ejemplo, si el educador les dice a los niños que tienen que sonreír argumentando que los estudios confirman que las personas que sonríen son más felices está enseñando, desconectando ese aprendizaje de la persona. El niño puede aprender a sonreír, incluso autoconvencerse de que es la mejor terapia para ser feliz, pero si esa manifestación de la alegría, que es la sonrisa, no se integra en su conducta personal, sino le da un sentido personal, se quedará como un aprendizaje técnico, como adquirir una competencia.

3. APRENDER A COEXISTIR Y NO QUEDARSE EN EL CONVIVIR

Conviene indicar que la convivencia y la coexistencia es una dualidad que es preciso diferenciar (Polo, 2007). Los individuos conviven, incluso comparten tiempo o cosas, pero cuál es el nexo, el verdadero motivo de esa convivencia. A nivel social el nexo debería ser ético, es decir, responsabilizarse entre todos para mejorar la sociedad en la que se vive. ¿Cuál es el nexo en la convivencia entre los individuos? En la actualidad, la convivencia se ha limitado al respeto de la individualidad del otro, sin embargo, esto soslaya que el ser humano es coexistencia. Al respecto, cabe señalar que se puede estar a gusto con alguien, conviviendo con él, sin que exista una proactividad por ayudarlo a ser mejor persona, quedándose simplemente en un respetarse. Coexistir es más que convivir, ya que el ser humano tiene un modo de existir que es *aportante*, puesto que al actuar aportamos. El ser humano es coexistencia porque está abierto, es apertura, ya que una persona encerrada en sí misma no coexiste. El poder del anillo, que se puede observar en el libro *El Señor de los Anillos*, *cariturizado* en Golum, que se apropia egoístamente del anillo para sí mismo es un modo de explicar el individualismo frente a la apertura de la coexistencia.

La coexistencia del ser humano tiene tres dimensiones: con el universo, con las demás personas y con Dios, asumiendo que Él es el creador (Polo, 1991). ¿Qué significa que el ser humano coexiste con el universo? Primero, responder a la pregunta por qué nos ha tocado vivir en este mundo, aceptando que el mundo es como es. Segundo, aceptar que el ser humano tiene la posibilidad de perfeccionar el universo o que usando mal el poder que tiene también podría destruirlo. Esto es una responsabilidad de la que no se puede huir, ya que debe dar sentido a su modo de actuar para perfeccionar el universo. Al respecto, cabe señalar que toda la educación medioambiental no debe reducirse al aprendizaje de técnicas, se debe enseñar que el ser humano tiene responsabilidad de mejorar el mundo en el que vive. En relación con esta dimensión de apertura al universo cabe preguntarse si somos dueños del mundo en el que vivimos. La realidad es que lo hemos recibido, por tanto, lo que se recibe se puede aceptar o rechazar, esto implica ser conscientes de que el dominio sobre él no es absoluto porque su origen no depende del ser humano, quien no es dueño del mundo, sino administrador, esta es una verdad que ha de ser aprendida.

La segunda dimensión es la coexistencia con otras personas. Es pertinente aclarar que no se debe reducir a un simple estar con, ya que, en la relación con otra persona, ambos se enriquecen o disminuyen, en la medida en que se acerquen o se alejen de los fines de la naturaleza humana. Reducir las relaciones humanas a un mero estar a gusto con la persona con quien se convive, es instrumentalizarlas, ya que se reducen a la búsqueda de un fin utilitarista y egoísta. La relación interpersonal es más que un diálogo, entendido como intercambio de palabras, ni un simple acompañarse que produce satisfacción emocional manifestada en un estar a gusto. Esto no es integrar, sino reducir la persona a una convivencia emocional, mientras uno esté a gusto conviviendo se mantiene la relación, en el fondo es una relación

humana interesada. En este punto es necesario distinguir entre la relación interpersonal y la social. En la primera se busca el bien de la otra persona, ya que el interés del otro prevalece sobre el propio. La segunda se queda en la convivencia, sin atender a la coexistencia. El fundamento de las relaciones interpersonales es el amor entre las personas y no el interés o la conveniencia. Además, las conversaciones en las relaciones interpersonales no son banales o superficiales como si se tratase de llenar el tiempo.

La dimensión más importante de la coexistencia es la relación con el Origen porque ayuda a responder a la pregunta de quién soy. Sería un error responder a esa pregunta de modo limitado: soy ingeniero, profesor, padre de familia, todo eso son realidades, pero no dejan de ser funciones desempeñadas, pero limitantes de la persona porque somos algo más que todo eso.

4. EL CUERPO Y LA INTELIGENCIA EN RELACIÓN CON EL CRECIMIENTO PERSONAL

Cuentan que cuando Rafael, el gran pintor, estaba pintando la capilla Sixtina buscaba un rostro que le pudiera servir de modelo para escenificar a los bienaventurados del cielo y encontró un joven alegre y generoso que ayudaba en una iglesia de Roma. Años más tarde cuando tenía que pintar los condenados del infierno buscó un rostro que mostrará las heridas del mal y encontró una persona solitaria, vestida con harapos, llena de egoísmo. Lo curioso es que resultó que era la misma persona que había servido de modelo años atrás mientras pintaba el cielo. Esto evidencia que el cuerpo no es algo separado de la persona. El ser humano se hace *presente* por su rostro, esto indica diferenciar la cara del rostro. Los emoticones son caras que expresan un sentimiento, pero no son rostros, ya que este siempre es de alguien. El rostro dice algo de alguien, lo importante no es solo lo que muestra, sino qué nos dice de la persona.

Surge de inmediato una pregunta sobre el cuerpo humano que cada uno tiene que responder en referencia a por qué es cómo es. Esta cuestión debería enlazar con otra más profunda para qué *tenemos* el cuerpo con sus cualidades positivas y con sus carencias. Junto a ello hay otras cuestiones como ¿quién nos enseña a aceptar el cuerpo que tenemos? Esta es una tarea que debe ser aprendida en la familia; son los padres quienes deben enseñar a sus hijos a aceptar el cuerpo recibido y la dotación natural recibida. Integrar en la educación es ayudar a cada educando a que acepte los rasgos del propio cuerpo. Este es un punto por educar, ya que mucha gente no está satisfecha con el cuerpo recibido, comparándose constantemente con los demás. La aceptación de lo recibido implica la pregunta por el origen del quién que cada uno es, o sea, quién me ha dado este cuerpo que tengo, por qué no tengo decisión sobre él. Sin embargo, hay otra pregunta clave en referencia a si se puede aceptar todo, ¿Qué ocurre cuando alguien nace con deficiencias que suponen una lastra que le impiden un desarrollo natural? Él no ha tenido culpa de nacer así, en estas circunstancias cómo aceptar esas limitaciones. No es fácil aceptar esta situación, puede ayudar entender que el *quién* es superior a lo que cada uno es.

¿Se puede perfeccionar el cuerpo? Sí, el cuerpo puede ser perfeccionado en cuanto a su constitución física, uno puede a través del esfuerzo *esculpir* su cuerpo. Sin embargo, reducirlo a este perfeccionamiento fisiológico es no advertir que el ser humano es dual y que el cuerpo es el miembro inferior de la dualidad conformada con la inteligencia. El cuerpo humano es débil en comparación con el del resto de animales porque está poco especializado. Sin embargo,

el ser humano puede construir herramientas y utensilios que lo potencian con su inteligencia. Esta relación implica que el cuerpo humano puede ser dotado de sentido, ya que la mano no es meramente una extremidad o una pata para apoyarse al andar, es más porque en el ser humano el cuerpo, todo él, puede adquirir un significado nuevo dotado por la persona. Las acciones que se realizan con la mano están llenas de significatividad. Por ejemplo, la mano que protege al hijo no es meramente para dar calor ante el frío, esa mano acaricia como manifestación del ser personal de la madre, no ejerce únicamente una función de protección, sino que, al mismo tiempo, quiere decir *más*, ese *más* es la aportación del ser humano.

El educador puede enseñar cómo establecer esa relación entre el cuerpo y la inteligencia para dar sentido al perfeccionamiento del cuerpo. Al respecto cabe preguntarse ¿cuál es el uso que debe darse al cuerpo? Se puede reducir a un uso instrumental, como quien vende su cuerpo o lo usa para dar placer a otra persona a cambio de dinero, en este caso no hay unidad con la persona porque no se acepta el cuerpo como un don recibido. Por tanto, el sentido del uso del cuerpo no debería ser meramente utilitarista o interesado en términos egoístas, ya que por encima de la dualidad cuerpo-inteligencia está la persona, por eso cualquier uso ético del cuerpo ayuda a mejorar como persona. Es la persona quien decide qué hacer con su cuerpo y cómo dar sentido a todas sus actuaciones. En la actualidad, esta falta de integración de esta dualidad con la persona ha generado la aparición de nuevas prácticas de exhibición sexual entre adolescentes como el *sexting*, que consiste en enviar mensajes sexuales a través del móvil. En este caso hay que enseñar a integrar, no quedarse en el daño corporal, sino en el perjuicio a la persona que causan esas exhibiciones.

En la relación entre la inteligencia y las manos conviene explicar cuál es el valor de los instrumentos fabricados por el ser humano. Esta fabricación también requiere dar un sentido a cada instrumento para no quedarse solamente en la mera utilidad de los instrumentos artificiales fabricados. Esto interpela también sobre qué es el progreso y si se puede fabricar cualquier utensilio, incluso sabiendo que su finalidad es contraria a la naturaleza recibida del ser humano, por ejemplo, las armas. En este sentido, hay que distinguir la finalidad del instrumento fabricado y su uso, ya que las armas pueden tener una finalidad de defensa ante peligros, pero también pueden ser usadas para matar inocentemente a alguien.

La persona se manifiesta a través del cuerpo, por eso es pertinente conocer que cada persona comunica según cómo va vestido, cómo habla, cómo mira, etc. La importancia que, en el mundo actual, se asigna a la comunicación no verbal va en esta línea. Las manos, unidas a la mirada, la postura del cuerpo es relevante en la comunicación no verbal. Muchos mensajes se trasladan con el cuerpo, sin necesidad de palabras. También el silencio es comunicación porque se suele decir que hay silencios que matan por su expresividad y al revés silencios perfectamente inexpresivos.

El ser humano es capaz de innovar y ser creativo, por ejemplo, ha sido capaz de convertir el hecho de alimentarse en el arte culinario. Además, también *el cocinar* manifiesta algo de la persona porque, cómo prepara la madre la comida para su marido que llega del trabajo o a su hijo es una manifestación más del cariño. Otro aspecto educable es la capacidad expresiva que ayuda a la coordinación del propio cuerpo en sintonía con la inteligencia. También la danza es un modo de integrar porque supone un equilibrio del cuerpo con la inteligencia.

Aspectos por educar en la dualidad entre el cuerpo y la inteligencia. Primero, educar la admiración por el propio cuerpo, que ayuda a la aceptación personal. Segundo, el cuidado del propio cuerpo, centrado en estar en forma, es un modo de agradecer lo recibido y cuidarlo. Tercero, aprender a usar el cuerpo para relacionarse, cuidando cómo se quiere comunicar.

Por eso, es pertinente aprender la diferencia entre la comunicación verbal y la no verbal. Educar también para entender la enfermedad y el dolor sufrido. En este caso hay que integrar ese dolor en la persona, por sí mismo, el dolor quizá no tenga sentido, pero integrado sirve para ayudar a la persona a comprender que aceptándolo se purifica en sus intenciones. Esto contrasta con el insistente esfuerzo por educar en evitar el sufrimiento. Es importante educar integrando la relación del cuerpo con la propia autoestima. Sucede que cuando la imagen propia no es la deseada y no se acepta el cuerpo recibido, es usual que, ante la frustración de no poder cambiarlo, se reacciona de modo poco integrador con autolesiones o con el rechazo a la comida y se cae en una bulimia.

La dualidad cuerpo-inteligencia también conlleva peligros de una desconexión entre ambos. Uno claro son las adicciones tanto al alcohol como a la droga que perjudican al cuerpo, en este caso, se supedita el placer al argumento racional de que ambos son negativos. El problema es que se prefiere lo corporal y no se integra con la persona, ya que es conocido que ambas sustancias dañan al cuerpo y afectan negativamente a la persona. Otro sería la cultura al propio cuerpo. ¿Qué se deriva de todo eso? Otra falta de integración, en qué mejora la persona con este culto al cuerpo. Por eso, es pertinente la pregunta en términos éticos, es decir, en qué ayuda para obrar el bien. También cuando se usa el cuerpo desconectado de la inteligencia, se puede instrumentalizar el propio cuerpo, con una sexualidad desconecta de la persona y nuevamente no se integra esa acción con el ser personal, ya que se aísla el beneficio placentero de la persona.

5. LA DUALIDAD HUMANA CONFORMADA POR EL DESEO Y LA RAZÓN

MacIntyre (1992) señala que la buena educación es la que ayuda a aprender a disfrutar haciendo el bien y a sentir disgusto haciendo el mal, es decir, enseñar a que cada uno aprenda a querer lo que merece ser querido. Esto no es algo baladí porque el deseo no es un acto moral, ya que no interviene la inteligencia, no hay decisión, es algo que le pasa a la persona cuando se siente estimulada por algo externo o cuando desea algo por el influjo de un estímulo interno que puede ser un recuerdo o una imagen.

El deseo y la razón también conforman una dualidad en la que el miembro inferior es el deseo. Por eso, es necesario que el deseo, esté gobernado por la razón, que dictamina lo que es prudente. En este sentido, es relevante preguntarse cuándo el niño comienza a entender que el deseo es una tendencia sobre la que no cabe valoración ética y que, por tanto, no todo lo que se desea, aunque sea espontáneo es bueno para la persona. El juicio sensible puede presentar algo como conveniente, pero no hay que confundir esta conveniencia con el juicio de la razón porque la valoración sobre si algo es bueno o malo es un juicio racional, por eso la razón es el miembro superior. Probablemente sea esta una de las tareas más difíciles de enseñar, que no solamente hay que dejarse guiar en el obrar por la apetencia, considerando que si apetece algo debe ser realizado, mientras que si exige esfuerzo es preferible rechazarlo.

En la actualidad, los niños están excesivamente estimulados, según defiende Catherine L'Ecuyer en su libro *Educar en el asombro*. Por eso argumenta que no es necesario insistir más de modo artificial, sino comprender la natural capacidad de asombro que todo niño tiene para disfrutar con él de sus descubrimientos, sin obligarle a que sea un adulto prematuro. El modelo de crianza criticado por esta escritora canadiense está cimentado en una cierta distorsión de la apreciación de lo conveniente presentado por el juicio sensible. Además, los niños conocen, desde temprana edad, hechos realizados por los adultos resolviendo sus dudas sobre su bondad, ya que, si ven que los adultos lo hacen, consideran que es bueno.

El niño experimenta que sus padres quieren lo mejor para él, por eso, creen que todo lo que ellos hacen es bueno. No obstante, en las familias desestructuradas el problema radica en que el niño no tiene claro a qué adulto hacer caso, sobre todo, si hay contraposición entre lo que dice el padre o la madre.

Diferenciar entre deseo y razón no significa que sean entidades contrapuestas, sino que es necesario en la educación integrar para encontrar un equilibrio entre ellas. Por un lado, para comprender que el ser humano tiene deseos y, por otro lado, porque el juicio de la razón es superior al sensible. El deseo es una tendencia hacia algo que es querido. Se puede desear algo, sin saber si es bueno o malo, solamente se desea como algo conveniente para la sensibilidad porque es placentero o útil. Por tanto, es necesario el equilibrio entre la vida humana lograda y la satisfacción de deseos a corto plazo.

La dualidad apuntada implica distinguir lo que es una necesidad de la persona, algo que puede ayudar a madurar y desarrollar su personalidad frente al deseo de la afectividad o bien del apetito concupiscible o irascible. Por ejemplo, integrar implica distinguir entre el llanto de un niño necesitado de otro lloro causado por un deseo no satisfecho. Por eso, personalizar en la educación es integrar para conocer cuándo hacer caso al llanto y darle lo que necesita.

Polaino (2006) señala que la asignatura pendiente en la escolarización es la educación sentimental porque desconocemos por qué a veces una persona, ante una misma escena de una película, ha experimentado algo y otras veces se muestra indiferente. ¿De qué depende sentir una emoción o indiferencia? Aprender a reconocer los sentimientos, tanto propios como ajenos, es lo que ha difundido el psicólogo Daniel Goleman (1996) con su propuesta de la *escolarización de las emociones*. Reconocer las emociones sirve para saber cómo está la facultad sensible y cómo perduran las emociones en nosotros a través del estado sentimental, reconociendo si nos sentimos tristes o alegres. Sin embargo, integrar es dar sentido a esa información para guiar mejor la acción humana de cada persona. Por tanto, sí que es necesaria una educación de los sentimientos, lo que implica conocer qué es la afectividad, cuál es su relación con la inteligencia y la voluntad, qué tipo de información se recibe de la afectividad y comprender que la sensibilidad no crece del mismo modo que la inteligencia y que, sobre todo, no se puede perfeccionar en términos de mejora.

6. LO CULTURAL Y LO NATURAL EN EL SER HUMANO

Paul Ricoeur decía que no tenía sentido decir que el ser humano es tan malo que no conoce qué es la bondad. Aristóteles (1985) ya afirmó que el ser humano tiende al bien por naturaleza, postulado rechazado por el filósofo inglés del siglo XVII Hobbes, quien consideraba que el ser humano nacía malo y que la sociedad debía enseñarle a ser bueno. Esta contraposición entre naturaleza y cultura es una vieja discusión filosófica que no ha logrado una unanimidad entre los filósofos contemporáneos. Por lo general, se han tratado como dos términos antagónicos, pero no como miembros de una dualidad. Por eso, es un error pensar que la naturaleza está contrapuesta a la cultura, entendiendo que lo natural es una limitación de la cultura. Asimismo, tampoco tiene sentido una oposición entre temperamento, lo natural recibido, y el carácter, la modificación del modo de ser natural debido a la educación. Entender que naturaleza y cultura es una dualidad implica que la persona acepte la naturaleza recibida y que puede mejorarla por el influjo positivo de las relaciones interpersonales, que constituyen la cultura.

La dualidad naturaleza y cultura es importante porque es un modo también de diferenciar la persona de lo manifestativo de ella. Lo natural está en relación con lo recibido, mientras

que lo cultural es la manifestación de la persona a través de su obrar. Por ejemplo, lo natural es el habla porque el ser humano necesita comunicarse, mientras que lo cultural son las palabras que forman cada idioma. Por eso, es necesario educar atendiendo a ambas, que son interdependientes, es decir, tener en cuenta lo natural para conocer las características naturales que cada uno ha recibido. Integrar es no tener miedo a descubrirlas y aceptarlas. Es pertinente que el buen docente sea capaz de realizar un DAFO personal de cada uno de sus estudiantes, es decir, descubrir cómo es, enseñarle a que acepte lo natural recibido, el temperamento y que aprenda a perfeccionarlo, pero, sobre todo, que le enseñe a descubrir quién es.

El síndrome de Peter Pan, basado en desear no crecer viviendo en un permanente infantilismo, es paralizante para la persona porque no facilita su crecimiento al anclarse en una falta de aceptación de la naturaleza recibida. ¿A qué edad comienza el niño a dejar de ser infante y descubrir que es un yo, con inteligencia y voluntad, una persona diferente a las demás? Es en la adolescencia cuando se comienza a descubrir que es necesario dar un sentido al hacer y al actuar. A esa edad se entiende que es necesario integrar lo natural y lo cultural, relacionar las habilidades naturales con los objetos culturales circundantes para comprender qué es cada uno capaz de realizar con el obrar humano. Unido a ello, con el desarrollo de la razón práctica –el descubrimiento de que no todas las acciones son iguales– se va comprendiendo que cada acto influye positiva o negativamente en el crecimiento personal y también en el de los demás. Se entiende por primera vez que el obrar tiene consecuencias y se *siente* la responsabilidad de estos, comienza la conciencia de los actos malos, surge el arrepentimiento. Así, si cada uno no se percata de qué clase de actos le mejoran o le empeoran, no podrá entender de qué modo eso también puede influir en los demás. El otro punto relevante es caer en la cuenta de quién es uno y no quedarse solamente en el acto realizado, sino en la persona que actúa. Este descubrimiento es integrar, enseñando que los actos positivos y buenos pueden ayudar a crecer como persona.

Asimismo, integrar es también aprender a ver al otro, no como un sujeto, sino como una persona, como un quién. Resulta difícil comprender por qué jóvenes agreden a mendigos atentando contra su dignidad. Esta falta de respeto denota que no se ha superado la comprensión limitante del ser humano al *etiquetarlo* meramente como un sujeto que realiza funciones. El pobre es alguien que, en sentido pragmático al no realizar ninguna función social determinada, puede ser considerado como carente de utilidad, ya que no está clara su aportación a la sociedad. La solución que la sociedad actual da a este hecho es que hay que ser solidarios, mejorando la capacidad empática con estas personas, lo que supone aceptar que *ser empático* es una característica de las buenas personas. Sin embargo, esta solución es ajena a la ética, el verdadero sentido de ayudar al otro estriba en que quien ayuda se mejora también a sí mismo, al realizar un acto bueno. La solidaridad entendida como altruismo no está en consonancia con entender la educación como integración de los actos del ser humano en el ser personal, no se trata de aprender a actuar de un modo determinado, como si fuera algo aceptado socialmente. Integrar, por tanto, implica no soslayar el componente ético de la acción para no reducir la tarea educativa a educar según convencionalismos, centrado en lo cultural, con el peligro de desatender la naturaleza humana. Por eso, no hay que tener miedo a educar de modo personalizado en tratar que el educando descubra cuál es el verdadero sentido de su actuar.

El ser humano nace biológicamente prematuro, totalmente necesitado. Esto no es un hecho cultural, sino natural. Como consecuencia de ello todo ser humano nace en una familia, lo que le aporta el sentimiento de pertenencia a un grupo, aprendiendo a cooperar con los

demás. La solidaridad ciudadana implica más que un mero aprendizaje cognitivo porque aceptar que ayudar al otro es un valor no es suficiente. Este aprendizaje requiere también la experiencia del cariño recibido, del afecto, del apego. Hay un instinto maternal en el ser humano basado en la búsqueda de la protección y la seguridad y para ello se acude a los seres queridos y a través de lo cultural se da forma a ese instinto. Las manifestaciones de cariño se aprenden en el seno de la familia, es algo natural que se aprende de modo cultural.

El hogar debe acompañar para el aprendizaje de una adecuada normalización afectiva, aceptando que esto es diferente en una familia desestructurada, realidad que hay que aceptar para no educar de espaldas a ella. En este sentido, la ruptura de la relación estable entre los padres afecta a los hijos porque se deshace el equilibrio emocional necesario para la normalización afectiva, es decir, para que el sentimiento no *aflore* por encima de la razón. En este caso los padres separados pueden dar prioridad al sentimiento, evitándoles sufrimientos, perturbando el equilibrio entre el deseo y la razón.

Un hijo carente del apego materno o paterno no tiene recursos para entender por qué no se le da ese cariño que está demandando. No es capaz de intuir la dualidad naturaleza y cultura, demanda de modo natural cariño, pero no lo recibe. Esto le hace desconfiar de lo cultural y comienza a creer que la familia no es una institución tan buena. Muchos de ellos no superan esta carencia infantil y se ven incapacitados para compromisos futuros, ¿cuántos hijos o hijas que han sufrido una separación o divorcio familiar son capaces en el futuro de entregarse en un compromiso a otra persona?

En conclusión, educar es integrar para entender que jerárquicamente hay que atender con prioridad a la persona. Conviene procurar lo mejor para la persona, el criterio del educador es actuar para lograr lo que perfecciona a la persona, sin caer en reduccionismo rebuscando bienes intermedios que satisfagan al miembro inferior de la dualidad, como el deseo o el cuerpo o lo culturalmente aceptado. Obrar el bien, querer lo mejor para nuestros hijos implica elegir no siempre lo más fácil, ni lo más conveniente según la sensibilidad, sino lo razonablemente mejor, aquello que le hace mejor persona. No tener miedo a educar buscando lo que capacita a cada persona para darse más a los demás, para ayudar a otras personas en su tarea de perfeccionamiento personal.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Altarejos, F y Naval, C. (2000). *Filosofía de la educación*. Eunsa.

Aristóteles. (1985). *Ética a Nicómaco*. Gredos.

Delors, J. (1996). *La Educación encierra un tesoro, informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*. Ediciones UNESCO.

Goleman, D. (1996). *La inteligencia emocional*. Kairós.

MacIntyre, A. (1992). *Tres versiones rivales de la ética*. Rialp.

Polaino, A. (2006). Educación de los sentimientos y la sexualidad. *Revista española de pedagogía*, 235, 429-452.

Piá, S. (2001). *El hombre como ser dual*. Eunsa.

Polo, L. (2006). *La esencia humana*. Cuadernos de Anuario Filosófico. nº 188. Universidad de Navarra.

Polo, L. (1987). *Tener y dar. Estudios sobre la Encíclica "Laborem Exercens"*. BAC.

- Polo, L. (1991). *La coexistencia del hombre. Inmanencia y trascendencia*. Actas de las XXV Reuniones Filosóficas. Facultad de Filosofía de la Universidad de Navarra, I, 34-46.
- Polo, L. (2007). *Persona y libertad*. Eunsa.